CARTAS

DE

Cárlos Mauricio de Talleyrand

AL OBISPO DE CLERMONT

Y AL ABATE MAURY.

Reimpresas en Guatemala.

1877.

CARTAS

DE

Cárlos Mauricio de Talleyrand

AL OBISPO DE CLERMONT

Y AL ABATE MAURY.

Reimpresas en Guatemala.

1877.

Colección Luis Luján Muñoz
Universidad Francisco Marroquín
www.ufm.edu - Guatemala

preocupaciones nacidas en la Corte Romana desde los primeros siglos del Cristianismo. Veo que como sectario de un culto, sois amante del abuso, y veo con profundo dolor tambien, que representante infiel de una doctrina que preconiza la pobreza y la humildad. no practicais estas santas virtudes, es decir, que admitís las teorias que seducen al vulgo, pero rechazais las prácticas que son las que verdaderamente le enseñan.

¡Por qué razon el Clero ha de ser mas privilegiado que cualquier otra clase? ¿Es acaso por que aferrado á las tradiciones del sacerdocio en todos los cultos, quereis que subsista el privilegio de una raza determinada sobre todas las demás?

Nó de otra manera que como vos pensais, pensaron los primitivos sacerdotes de la India; pensaron los egipcios; pensaron los hebreos y pensaron los sacerdotes del paganismo.

Si lo hubieseis leido, ó si lo leisteis lo recordaseis bien, veriais que en la India, lo primero que hicieron los sacerdotes, fué dividir la poblacion en castas, siendo la del clero la privilegiada, la que mayores beneficios obtenia y la que menos trabajos practicaba.

¿Qué hicieron los hebreos posteriormente? La tribu de Leví se reservó el monopolio del sacerdocio, todas las demas tribus, tenian la obligacion de abastecer la ciudad que aquella habitaba, y en resúmen, no eran otra cosa que una turba de holgazanes, que habian descubierto y ponian en práctica el egoista principio de vivir sin trabajar.

Si repasais, como no dudo habreis repasado, la historia pagana, habreis encontrado lo mismo, esto es, el abuso al lado del sacerdocio, y todos los vicios y todas las ambiciones creciendo y desarollándose á la sombra de aquel abuso.

Vengamos ahora al cristianismo si así os place, ilustrísimo cofrade.

Que el cristianismo, no es una religion nueva, que nada de divino tiene y que ha prestado sombra á muchos abusos tambien, me parece que no tengo necesidad de deciroslo, harto debeis saberlo vos. La única diferencia que

existe es, que vos lo ocultais hipócritamente mientras yo hablo con entera franqueza y claridad.

¡Cuán distinta seria nuestra sociedad actual si el clero desde el principio hubiera adoptado una marcha mas leal y mas franca!

Es verdad que de este modo no habria obtenido los pingües beneficios que ha disfrutado, no habria ejercido la poderosa influencia que ha venido ejerciendo; no habria sido, en fin, lo que ha sido y lo que vos y otros como vos quereis que siga siendo.

Religion que empieza dando crédito á un farsante, que está basada sobre los juegos de manos, de un embaucador como era Moisés, ¿como no ha de tener mucho de farsa tambien? ¿cómo sus ministros no han de tratar de seguir las huellas trazadas por aquel?

Pero no nos estraviemos ahora con los cargos fundadísimos que puedo hacer á los que han hecho de rídiculas patrañas, base y fundamento de una religion. Contraigámonos á lo que tanto os ha escandalizado y que os ha hecho lanzar sobre mi humilde persona todos los dardos de vuestra santa ira.

¿Sabeis apreciar en todo su valor, estimado cofrade. la evolucion que está verificándose en Francia?

Me parece que no, ó mejor dicho, no quereis saberlo porque no os conviene.

Yo voy á tratar de demostrároslo por mas que me exponga á aumentar vuestro enojo.

Inútil es que me esfuerce en demostraros todo lo ilegal de la conducta soguida por el clero, tanto en nuestra nacion como en todas las del mundo.

El clero, dotado de condiciones puramente absorventes se apoderó de la conciencia de la multitud y fanatizándola a su antojo formó con ella una amenaza para los tronos, merced á la cual consiguió imponerse á ellos y dominarlos.

Esta es la historia de la iglesia católica desde sus primeros tiempos.

La imaginacion crédula, sencilla é ignorante de la multitud, era la mas fácil de seducir y por lo tanto á ella se dirigió el clero en primer lugar.

No de otro modo habian procedido tambien Jesús y sus apóstoles.

Durante muchos siglos la iglesia ha tenido sugetos todos los poderes de las naciones. Tomando como base para su ambicion la influencia que ejercia sobre las clases populares, no tuvieron mas remedio que rendirle párias desde los monarcas hasta el último magnate.

Ministros que predicaban la igualdad, que trataban de inspirar á la generalidad un desprecio absoluto respecto á los bienes mundanos, solo se ocupaban en acaparar el mayor número posible sin ser nada escrupulosos en los medios que usaban para conseguirlo.

Imposible parece que los pueblos hayan sufrido por espacio de tantos siglos una tirania tan absurda. Pero tenian puesta ante los ojos una venda que el clero fué bastante hábil para tejer, y merced á ella no se veian las impurezas de Roma; de esa Roma que viciada siempre, no podia olvidar las saturnales del bajo imperio y que escandalizára al mundo con su vergonzosa conducta, si el mundo hubiese tenido la civilizacion que hoy empieza á tener.

Mas esa iglesia que vos tanto defendeis, esa religion que veis hoy en peligro y de la cual os mostrais tan decidido paladin, poseia las conciencias de la multitud, mejor dicho, las tenia fanatizadas, y desgraciado del que hubiera osado descorrer el velo que ocultaba tanta hipocresía, tanta corrupccion, tanta infamia.

Invocais á Dios y en nombre de Dios rechazais las reformas que tratamos de introducir en el clero y sin duda Monseñor, entre vuestro Dios y el nuestro existe una diferencia muy notable.

Vuestro Dios, el Dios de los papas, de los cardenales y de los obispos, es un Dios egoista, interesado, exigente, mezclándose é interviniendo de una manera mezquina en los asuntos terrenales, sugeto á las pasiones mas groseras y propenso á la venganza.

Nuestro Dios, el Dios de la humana razon, es todo pureza, todo verdadera divinidad, y como tal, espíritu ageno á las nimiedades de nuestro suelo, todo piedad, todo justicia, todo caridad.

El Dios de quien vosotros hablais pierde en vuestros lábios y en vuestras obras su divina esencia.

En cambio el nuestro permanece siempre en su verdadero lugar. jamás abandona su trono de nubes para descender hasta los inmundos lodazales de la tierra.

Ya veis si existe diferencia entre vuestro Dios y el nuestro.

En vez de ser ministros de una religion que enseña la práctica de grandes virtudes, lo sois de otra que preconiza y enseña los vicios, que los fomenta y los proteje encubriéndose con el manto de una miserable hipocresía para ocultarlos.

Ejemplos tenemos á cada paso en la historia, de todas las monstruosidades cometidas por el clero, por ese clero cuya cabeza tiene segun vosotros un derecho divino, y nada mas tirano, nada más criminal que el despótico abuso que la iglesia romana ha ejercido siempre no solamente sobre los pueblos, sino sobre sus mismos servidores de la mas humilde categoria.

Por que aun entre vosotros hay gerarquias, hay clases que todo lo acaparais, todo lo recojeis, concediendo unicamente á las inferiores las migajas que arrojais de vuestros opíparos festines.

Nos apellidais enemigos de la religion, nos denostais con los mas denigrantes epítetos, nos amenazais con el furor de las excomuniones y sin embargo, el primer enemigo de la religion cristiana lo es el Vaticano. los segundos todos vosotros, príncipes de la iglesia.

Religion en que todo se vende, es porque todo lo ha comprado ó lo ha robado.

Es decir, que el orígen divino desaparece para dar lugar al privilegio y al monopólio.

Hora es ya, carísimo cofrade, de que los privilegios y y los monopólios concluyan.

Los pueblos comienzan á despertar del letargo en que por tantos siglos les tuvisteis sumidos y al abrir los ojos á la luz de la verdad y de la razon, no pueden menos de ver claro en todos vuesrtos vergonzosos manejos.

Esto es lo que os irrita, esto es lo que os subleva, y esto lo que os hace perder el tino.

Vengamos ahora á lo que ha dado origen á vuestras invectivas contra mi y á lo que motiva esta carta.

Francia tiranizada durante un largo número de años por monarcas á quienes vosotros hicisteis aparecer como de origen divino, porque en esto de dar orígenes que provengan de la divinidad habeis sido siempre muy maestros; harta ya de ver siempre su rostro azotado por el látigo de tantos señores, se levantó como un solo hombre y el grito de "libertad y derechos" llegó á herir vuestros oidos en el interior de vuestros palacios arzobispales donde todo abundaba, donde de nada se carecia, donde mantenia vuestra viciosa holganza ese pueblo que hacia un supremo esfuerzo para quebrar la cadena de su oprobio.

La hora de la tirania y del privilegio habia sonado, y al sentirla no pudisteis menos de estremeceros.

La tirania trató de recobrar sus derechos, el pueblo hizo valer los suyos y el período revolucionario dió principio.

Tantas iniquidades, tanta cizaña habia ido esparciendose sobre la tierra con el transcurso de tantos siglos, que se hacia necesaria una reforma poderosa y trascendental.

Refractarios á toda idea civilizadora, enemigos acérrimos de la luz, porque solo á favor de las tinieblas habeis medrado, hicisteis cuanto os sugirió vuestra imaginacion para impedir, para contener á ese pueblo que se escapaba de vuestra vergonzosa tutela.

Algunos que comprendimos la justa y digna aspiracion de ese pueblo al cual habiais estado explotando tan dilatado número de años, aplaudimos su conducta, le alentamos y le ayudamos hasta donde nuestras débiles fuerzas permitian.

El trono comprendió que su absolutismo habia terminado y la Asamblea Nacional se apoderó de una Soberanía que la pertenecia de derecho y de la cual vosotros á la sombra de una testa coronada, habiais hecho un uso tan desdichado.

Muchos de vosotros obedeciendo mas á vuestro egoismo que á vuestras convicciones, creyendo poder continuar disfrutando como hasta aquí los pingües beneficios, os pusisteis al lado de esa revolucion que por otra parte tampoco podiais contener.

Desconocisteis sin duda que uno de los lemas, quizá el primero que se ostentaba en la bandera de la revolucion era el de la abolicion de todos los privilegios, y digo que lo desconocisteis, puesto que vosotros mismos habeis querido que subsistieran, para que el mas tiránico, el mas absurdo y el mas ilegal de todos, el del Clero, el de la Iglesia, permaneciese y yo tuve la honra de proponer á la Asamblea la enagenacion de los bienes del Clero, y me vanaglorío de haber tenido semejante pensamiento.

Acababa de abolirse el feudalismo, pero todavia faltaba para terminar aquella grande obra, ir destruyendo esos grandes poderes, que dividiéndoselo todo con el Estado, eran los principales enemigos de ese mismo Estado.

El Clero poseia inmensas propiedades, obtenidas bien de los Monarcas quizas en pago de vergonzosos servicios, bien de varios devotos fanatizados. con el caracter de donaciones.

Nada mas legal, nada mas justo que el respeto á la propiedad particular hija del trabajo y fruto de una existencia llena de privaciones y economias, ¿pero estaban los bienes del Clero en este mismo caso? Vos, seguro estoy de que contestareis afirmativamente, pero yo debo repetiros lo mismo que dije en aquella memorable sesion; propiedades que habian sido dadas á cuerpos determinados para el culto ó á lo menos bajo este pretexto, podia la ley darles otro destino puesto que la relgion considerada como un servicio publico, debia recibir de ella, y solamente ella, los medios para subvenir á sus necesidades.

Vos mejor que yo sabeis los medios puestos en práctica por vosotros para impedir que mi proposicion fuese aceptada, desplegando en este asunto el Abate Maury una actividad tan prodijiosa que por un momento debisteis creer que habiias obtenido el triunfo.

Mas felizmente la Asamblea ni se dejaba convencer con sofismas, ni se atemorizaba por las amenazas que venian de los departamentos á cuyos propietarios habiais alarmado con el pretexto de que la Capital iba á absorverse los bienes de las provincias.

¿Podeis decirme en que se perjudicaban aquellas con la

venta de los bienes del Clero? Mal argumentador tuvisteis, pues en aquella sesion demostró que hablaba por su boca el despecho propio, no el perjuicio ageno.

Con la venta de los bienes del Clero, las provincias salian muy gananciosas con el reparto de vuestros bienes, reparto de que todos sus individuos podian utilizarse de aquello que hasta entonces solo sirviera para sostener vuestro ócio y vuestros vícios.

Con la ley de dos de Noviembre recibisteis un golpe terrible; los párrocos á quienes en vuestro afan de quererlo todo para vosotros, dejabais en el mayor abandono y que son al Estado mucho mas útiles que vosotros, le habeis sido siempre, tuvieron asegurado un sueldo que hasta entónces no habian tenido, y un huerto y una casa que vosotros jamás quisisteis concederle.

La Asamblea Nacional, esa Asamblea que tanto habeis vituperado y de la cual formo parte, tan prudente y circunspecta con las personas tratando con el mayor miramiento las costumbres antiguas, cuando Camos propuso reducir todas las pensiones que se habian de dar á las órdenes religiosas, á una misma cuota, siguió el parecer de Mirabeau, reduciéndolas proporcionalmente sin perder de vista la posicion que disfrutaron los pensionados.

Sin embargo, vosotros que abrigabais la secreta esperanza de que vuestros bienes no se enagenarian permaneciendo solo á disposicion del Estado, tratasteis de cuantos medios reprobados estuvieron á vuestro alcance, de impedir la marcha majestuosa y tranquila de la revolucion.

Necesario es que os convensais, Ilustrísimo compañero, de que fuisteis, sois y sereis siempre los mismos, amantes del abuso y enemigos de todo adelanto y de toda civilizacion.

Y es natural, cuanto mas densas sean las tinieblas en que tengais envueltos á los pueblos, mas segura es vuestra influencia, mas omnipotente vuestro poder.

En vuestro desenfrenado amor por las riquezas terrestres, cometisteis una imprudencia oponiéndoos de una manera tan destemplada á mi proposicion, y persistiendo en vuestra ceguedad, fuisteis capaces de provocar por todos

los medios imaginables un conflicto con tal de salir adelante con vuestra idea.

La nobleza, ese otro poder tiránico, tan arbitrario, tan absurdo como el vuestro, no podia sobrellevar con resignacion, igual que os pasaba á vosotros, la pérdida de tantos privilegios de tan odiosas é inconcebibles preeminencias.

Vosotros en vuestro afan de ofrecer dificultades á la Asamblea, fomentabais las pequeñas ambiciones para que pudieran servir á la vuestra tan grande, y la nobleza se ligaba con vosotros porque sabia de cuanto erais capaces.

Imposible parece las ideas que se os ocurrieron para evitar que se tocase á vuestros queridos bienes.

Parecia que las riquezas eran vuestra vida, que ellas solas formaban vuestra única religion, cuando tanto afan tan esquisito celo desplegabais para adquirir recursos con que pagar á los acreedores del Estado sin tocar para nada á vuestros bienes.

El Abate Mauri, el infatigable sostenedor de vuestros derechos, propuso la contribucion sobre el lujo, y ya sabeis que ante la proposicion del Abate Salsade á fin de que ningun eclesiástico pudiera tener mas de mil escudos de renta, tuvo por conveniente callarse puesto que la suya escedia con mucho de aquella suma.

¿No os parece muy estraña una religion semejante?

"Lo quo no quieras para ti no quieras para otro." Es una de las máximas de aquel á quien llamais vuestro Divino Maestro, pero vosotros separándoos en ese punto de su doctrina, quereis para los demás aquello que rechazais para vosotros.

Nada tiene de extraño vuestra terrible cólera, puesto que la Asamblea sin pararse en vuestra indignacion ni en los medios de que os valíais, decretó la enajenacion de cuatrocientos millones de vuestsos bienes.

Cargos y muy severos puedo haceros yó, amante de la igualdad y de la justicia, á vosotros que por un miserable puñado de oro que os arrebataban porque no os pertenecia, no vacilabais en sembrar el trastorno y la inquietud en todos los ánimos.

Despechados por el mal éxito de vuestras jestiones recurristeis á los escritos calumniosos, dijisteis que la Asamblea atacaba á la religion y tendia á destruirla, y aliándoos con la nobleza, enemiga declarada de las nuevas ídeas, hubierais visto sin remordimiento alguno vuestra patria destrozada por la guerra civil, ya que no podíais mantener vuestros odiosos privilegios. No vacilasteis en despertar el antiguo fanatismo, y el dia en que Lametch os reprendió en la Cámara por lo que estabais haciendo vos, y los que á vuestro lado estaban, provocasteis un conflicto, tratando de abandonar la Asamblea. Uno de los vuestros os amenaza con su maldicion; Maury, destemplado como siempre, fulmina sus censuras, y necesario fué toda la dignidad, todo el pleno convencimiento que de sus deberes tenia la Asamblea para no dar el gravísimo espectáculo que vosotros íbais buscando.

¿Qué religion es la vuestra que separándose por completo del cielo solo se agita con las innobles pasiones de la tierra?

¿Qué ministros sois vosotros que desconociendo por completo vuestro ministerio procurais sembrar la division entre vuestros hermanos, viéndoles con tranquilos ojos destrozarse por servir á vuestras aviesas miras?

Necesario es convenir señor Obispo, que vos y vuestros amigos mas, habeis obrado como enemigos de vuestra religion que como amigos de ella.

Es verdad que ¿cómo habeis de ser amigos vosotros de una religion que recomienda la pobreza cuando vosotros solo apeteceis el dinero, que encarga la humildad y vosotros sois sobérbios y altaneros, que ordena el perdon de las injurias, y vosotros sois vengativos é intransigentes?

Vuestras repetidas Pastorales, vuestras intrigas de todo género, son pruebas demasiado palpables para que trateis de contrarestarlas.

Mas apesar de todo eso, apesar de vuestra oposicion y aun tal vez debido á ella misma, la Asamblea continuaba sus tareas, tareas mucho mas nobles, mucho mas dignas, mucho mas grandes que las vuestras.

Hacer de unos inmensos terrenos valdíos en muchos puntos, y que solo servian para sostener la prepotencia

de algunos, propiedades, al alcance de todas las fortunas, satisfacer con el producto de sus ventas la éxhorbitante deuda del Estado, restableciendo el órden de la Hacienda, era un objeto harto digno para que todas vuestras amenazas, todas vuestras mezquinas cábalas fuesen insuficientes para impedirlo.

La Asamblea y yó, indivíduo de ella, y á mas de individuo autor de la proposicion, conocíamos la gran utilidad de semejante medida, y no era posible que nos atemorizásemos por los obstáculos que á cada momento nos presentabais.

Yo por mi parte puedo deciros, que conozco perfectamente vuestras mañas, que sé de cuanto sois capaces, porque al veros vendiendo vuestra misma religion, no he dudado nunca de que venderíais á vuestros mejores amigos, que venderíais hasta vuestro mismo pueblo, porque careceis hasta del sentimiento de nacionalidad que poseen hasta las clases mas abyectas de la sociedad.

Y harto habeis demostrado que careceis de este sentimiento, cuando apesar de estar viendo que lo que hoy necesita la Nacion, es reconstituirse, es aumentar sus fuerzas tanto de produccion como de defensa, no habeis vacilado en crear conflictos por todas partes, no habeis dudado en uniros á sus verdaderos enemigos, con tal de conseguir el objeto que os propusierais.

Pero las malas causas no pueden triunfar nunca, y la vuestra, es harto mala, mi estimado Cofrade.

Seguro estoy, de que en mas de una ocasion habreis deplorado que no se hubiese establecido en Francia el Santo Tribunal de la Inquisicion como en España existe, porque esto os ha privado del placer de denunciarme á él y de verme sucumbir entre sus horribles tormentos.

Porque vuestra religion imponiéndose por medio de la fuerza en vez de la persuacion, solo sabe emplear la misma fuerza para sostenerse y castigar á los que la ofenden.

¿Y podreis decirme señor Obispo si es esta la manera de seguir al pié de la letra aquella máxima del que vosotros llamais Divino Maestro, cuando os dice "si alguno os diese un golpe en la mejilla derecha; presentadle la izquierda"

"Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian"

Calificais de bárbaros y aparentais horrorizaros ante los suplicios y las persecuciones de que eran objeto en la antigua Roma los primitivos cristianos, y vosotros habeis puesto el colmo á la crueldad con un tribunal mas horrible, cien veces mas inícuo y mas sanguinario que aquellos Emperadores Romanos de quienes con tanto horror hablais siempre.

Si á entrar en consideraciones fuera sobre el modo que teneis de practicar vuestro ministerio, si de detallar tratára los abusos, las impiedades y profanaciones que vosotros mismos habeis cometido, muchos volúmenes necesitaria, y no estoy para perder un tiempo que de una ó de otra manera puede serle útil á mi país. Me ceñiré exclusivamente á contestar á todas vuestras torpes calumnias, y segura estoy de haceros comprender el grave oerror en que incurristeis.

Vos y otros como vos, me habeis acusado lo mismo que que á la Asamblea de un crímen de lesa religion por las reformas introducidas en el clero, reformas que á vosotros os perjudicaban.

¿Cómo podíamos consentir que habiéndose suprimido tantos abusos en la Administracion, la religion que no es mas ni menos que un servicio público, puediera continuar en el estado en que se hallaba? ¿Cómo podia sufrirse que ciertos obispados abrazacen una extension inmensa mientras que otros por el contrario la tuvieran muy reducida disfrutando sus prelados mayores beneficios? ¿Cómo era posible consentir que muchos, muchísimos curas tuviesen apénas para cubrir sus necesidades mas indispensables, mientras que otros por el contrario disfrutaban rentas de diez y quince mil francos?

Esto á vosotros que amais el privilegio y el abuso en todo, os debia parecer una cosa muy natural, pero á la Asamblea, equitativa y justa; no debia parecerle así y sin ocuparse en reformar las doctrinas eclesiásticas, sin menoscabar la autoridad Papal aunque mucho podia hacerse y decirse sobre este asunto, formó el proyecto de la *Constitucion Civil del clero* proyecto por el cual ha sido ob-

jeto de vuestras miserables y groseras calumnias, proyecto por el cual nos habeis hecho una guerra tan inícua como cobarde, proyecto por el cual en fin, habeis apelado á Roma, esperando que de allí viniera la salvacion para esos bienes tan queridos y que tanto dolor os costaba perder.

Yo que jamás he tenido el valor de la hipocrecía, único que vosotros teneis; yo que con entera franqueza he expuesto siempre mis ideas; yo que os considero como á un abuso permanente de la religion; yo que os considero no tan solo innecesarios sino hasta perjudiciales para la misma religion, os he combatido y os combatiré siempre hasta donde mis débiles fuerzas me permitan, sin temor de vuestras iras, sin temor á las excomuniones de Roma.

Y sin embargo de eso, vosotros mismos sabeis que yo, vuestro irreconciliable enemigo, me opuse en la Asamblea á la emision de los nuevos ochocientos millones *de asignados* sobre vuestros bienes; y me opuse no precisamente por vosotros, sino porque preveia las fatales consecuencias que habia de atraer sobre nuestra hacienda, en un plazo no muy lejano.

Vengamos ahora á lo que mas os ha incitado, á lo que ha motivado vuestra separacion definitiva y por lo que se nos ha acusado hasta de haber provocado un cisma, sin tener en cuenta que de ese cisma vosotros y solamente vosotros habeis tenido la culpa.

Jurada la Costitucion por todos los poderes del Estado, yo que en el Campo de Marte recibí el juramento inmenso de todo un pueblo, no podia menos de deplorar que el poder eclesiástico, es decir los funcionarios religiosos, no hubiesen jurado la Constitucion, código fundamental del país en que residian.

El clero frances representado por vos y vuestros compañeros, os oponiais á reconocer una Constitucion que menoscababa vuestros derechos, y la Asamblea en vista de esto, en uso de una atribucion legítima, manifestó, que los eclesiásticos que rehusáran jurar, quedarian privados de ejercer sus funciones y de percibir sus rentas, pero que no queriendo violentar las conciencias, respetaria sus escrúpulos, no tratando de imponerles un juramento por medio de la fuerza.

Hubierais seguido el ejemplo del Arzobispo de Aix y de otros de vuestros cólegas, y se hubiese evitado llegar al extremo en que nos hallamos.

La Asamblea se ha visto obligada á hacer que el juramento se verifique, y vosotro intransigentes, vosotros usando las malas artes que os caracterizan, os habeis negado, llenándonos de improperios, acusándonos de impíos y de cismáticos.

¡Insensatos! Cualquier entendimiento despreocupado, cualquier persona de justo y equitativo criterio, debe comprender que la Asamblea no se ha excedido en nada de sus atribuciones, al entender en las temporalidades de la Iglesia. Vosotros sois los que os habeis excedido como siempre obrando en armonía con lo bastardo de vuestra idea y con lo ruín de vuestras aspiraciones.

Cuando se trataba de corregir los abusos, cuando se queria extirpar el cáncer que corroía las entrañas de un gran pueblo, cáncer nacido de los abusos de todas especies á cuya sombra habeis medrado, imposible era que se pudiera tolerar la antigua organizacion eclesiástica, esa organizacion merced á la cual, habeis medrado vosotros, os habeis impuesto á los mas altos poderes, y habeis dejado casi en la indigencia al clero inferior, que era el mas útil al estado, para acaparárlo todo para vosotros, que viviais siempre en la holganza.

Inútil es, carísimos cofrades, que fulmineis vuestros terribles anatemas sobre la Asamblea Nacional. Inútil es que censureis con toda la actitud de vuestro despecho, mi conducta. La Asamblea seguirá cumpliedo con su deber á pesar vuestro, y yo el mas humilde de los individuos que la componen, proseguiré infatigable mi tarea de destruir los abusos eclesiásticos donde quiera que los encuentre, sin temor como ya os he dicho, ni á vuestras calumnias, ni á vuestras amenazas, ni á las iras del sacro Colegio Romano, centr de donde parten todos los abusos y todas las demasías que ha cometido y viene cometiendo la Iglesia Católica.

Soy vuestro con la mayor consideracion y respeto

Cárlos Mauricio de Talleyrand.

CARTA DE TALLEYRAND AL ABATE MAURY.

Señor Abate:

No sé de que manera demostraros todo el enojo que me habeis causado con vuestras indignas suposiciones, con la guerra que habeis estado haciéndome y con las censuras que sobre mí lanzasteis.

Hoy que la Asamblea Nacional ha terminado sus trabajos, hoy que tanto vos como yo no pertenecemos á un cuerpo tan elevado como aquella lo era, hoy que ya no pueden tomarse mis palabras como animosidad política, hija de ocupar en la Asamblea distintos asientos, voy á ocuparme haciéndome cargo de todas vuestras impertinencias en contestar á ellas, no precisamente defendiéndome de los cargos que sobre mí lanzasteis, sino para demostraros plenamente lo ridículo de vuestras palabras y todo lo grotesco de ciertas prácticas religiosas de que vos y otros sacerdotes de vuestra misma escuela os mostrais tan partidarios.

Habeis dicho en varias ocasiones, que estabais escandalizado de oirme, que os doliais de mi impiedad, y que no cesabais de rogar á Dios para que tuviera piedad de mi alma.

Agradezco mucho vuestros ruegos Señor Abate, pero podeis excusarlos porque para nada los necesito.

Vuestras censuras y las de otros como vos, las excomu-

niones de Roma y todas esas farsas de que la Iglesia católica se prevale para dominar á los incautos habreis de convenceros mal que os pese, de que no pueden hacer mella alguna en una persona como yo.

Debeis estar en la firme inteligencia, de que poseo la clave de todos los misterios, de todas las farsas en fin, que naciendo en Roma se han esparcido por todos los puntos donde domina la Religion Católica, y conociendo lo que conozco; sabiendo lo que sé, y apreciando como aprecio todas esas ridiculeces, me rio de ellas, contestándoos en muy pocas palabras:

La religion católica tal como Roma se empeña en hacérnosla tragar, no es mas que un maniquí grotescamente disfrazado de arlequin que sirve para embaucar á los tontos, y para llenar vuestros bolsillos con el producto de sus ridículas exposiciones.

Una de las cosas que mas os han sorprendido, es, segun habeis tenido ocasion de decir, mi proyecto sobre la reforma de la Religion católica.

No es precisamente el fondo de la Religion lo que yo trato de alterar, no es que yo trate por estilo alguno de atacar lo que vosotros llamas el dogma, lo que quisiera reformar es el escandaloso abuso que estais haciendo; quisiera suprimir el lujo de esos templos católicos, que mas parecen un teatro donde se representan obras de un género distinto que en los demas; quisiera destruir de una vez para siempre todos esos ídolos de metales preciosos á los cuales fingis prestar tan ciega adoracion: quisiera abolir los ayunos, las confesiones, las dispensas, los perdones y las indulgencias, quisiera que el sacrificio de la Misa, fuese lo que en los primitivos tiempos, un acto que todo el mundo comprendia y en el cual tomaban parte todos los fieles y no un medio de ganar dinero, á lo cual se reduce la misa de hoy, que el sacerdote aplica por la intencion de cualquiera que le dé ocho ó diez reales por ello.

Quisiera en fin, Señor Abate, extinguir de una vez para siempre todo el monopolio, todo el indigno comercio que Roma viene haciendo desde hace muchos siglos disminuyendo hasta lo que verdaderamente debe ser esa ridícula preponderancia que se han abrogado los Papas, merced á

la cual se creen los primeros señores del mundo, tanto en lo temporal como en lo espiritual.

Sea en buena hora el Papa el primer Obispo de Roma, y yo no tendré mas que frases de elogio para él si es que su conducta se hace digna de ellas.

¿Podreis decirme Señor Abate, quien ha dado á los Papas el derecho de innovar y de introducir reformas en una religion de la cual ellos no son otra cosa que unos meros ministros de con mayor ó menor categoria, pero nada mas que ministros, nada mas que maestros encargados de difundir los conocimientos que tenian sobre su religion, entre los que de ellos carecian, y con su ejemplo enseñar á los que todo lo ignoran conduciéndoles por el buen camino en las prácticas de la virtud que ellos han recibido del que llaman su Divino Maestro?

Ellos únicamente obedeciendo á su ambicion, ellos haciendo de su religion un comercio, lo han sujetado todo á una tarifa, todo lo han vendido, todo lo han desmoralizado, y su aspiracion única y exclusiva ha sido la de dominarlo todo para tener siempre puntos de apoyo en que sostenerse.

¿Quereis saber de que manera se ha verificado el engrandecimiento de Roma? pues escuchad:

Cuando la division de los Imperios de Oriente y Occidente, los Papas que no eran otra cosa que unos grandes dignatarios del Imperio, recibian la investidura de manos de ellos protegiéndolos el jefe del Estado, en cambio de la sumision que les tenian.

Carlo magno y Pepino, de las tierras que arrebataban á sus enemigos, es decir, de unos territorios que no les pertenecian mas que por el derecho de la fuerza, los dieron la Sicilia, la Córcega y la Cerdeña.

Adriano y sus sucesores, merced á una donacion que el primero hizo valer condenando bajo pena de excomunion al que de ella dudase, se apoderaron de una parte de Italia. Juana de Nápoles, les vendió el condado de Aviñon; Grogorio VII, heredó á la princesa Matilde; Alejandro VI, se apoderó contra la voluntad de sus dueños de otros distintos estados, y en resúmen, el poder de la Santa Sede, se constituyó por medio de una série de depredaciones

por una parte y de donaciones forzosas é ilegales por otra, y como si esto no fuera bastante, los Papas crearon los derechos, los diezmos y otra porcion de impuestos que desde el monarca hasta el mas miserable vasallo, han pagado y están pagando á esa hidrópica é insaciable curia romana, bazar impuro en que todo se vende y en que con todo se comercia.

Ahora bien, ¿cómo quereis que yo pueda estar conforme con una religion que se ha cimentado de tal manera, con unos reformadores ambiciosos que todo lo han acaparado para sí, que no ha hecho mas que embrutecer á los pueblos para que estos no conocieran sus monstruosidades y sus abusos, con una religion que apenas puede conocer el mismo de quien emana? ¿cómo quereis que yo reconozca en ese Dios de los Papas y de los sacerdotes, es decir, en el Dios de la farsa y de la mentira, á ese Dios Santo, grande, generoso, ese Dios único principio de todos los séres que vos y otros como vos desconoceis por completo?

Por esta razon he dicho que deseaba una reforma capital en nuestra religion, deseo que cese de ser una comedia para que se convierta en una realidad; no quiero ciertas prácticas religiosas de la manera que se hacen, no quiero sacerdotes que hablen latin y ques estén ungidos para el servicio de los templos; quiero hombres honrados, sencillos y virtuosos que no vendan su ministerio por un miserable puñado de oro y que no tengan por nada ni para nada que recurrir á esa Roma, centro de tantas iniquidades y de tanto tráfico inmoral.

Sé que me habeis censurado muy ágriamente porque en uno de mis últimos discursos, hube de decir alguna palabra referente á los cambios que yo introduciria en las prácticas religiosas, y especialmente en las que se refieren á la misa

No hay motivo para tanto escándalo señor Abate: principiando por el concilio de Trento por el cual quedan excomulgados cuantos digan que hay faltas, defectos ó errores en la misa, casi todo en ello es un abuso como trataré de demostrároslo en un brevísimo espacio.

En primer lugar ¿puede haber mayor arbitrariedad que la de ese Concilio en el cual se dice "que la Misa es buena

tal como está, y si alguno reocnoce que tiene algun error como que no me conviene que tenga semejante ocurrencia, le excomulgo, es decir le impongo la pena mas severa que hoy se conoce?"

Famosa religion que necesita recurrir á medios tan extremos para hacer que sea respetada una de sus prácticas.

Y prueba de que conocian que existian en la misa gravísimos errores, cuando de antemano se prevenian amenazando con tan severas penas á aquellos que los reconocieran.

Ocupémonos de la misa, y puesto que ya hemos anotado el abuso cometido por el Concilio, hagámonos cargo tambien de la cantidad que el fiel, ó mejor dicho el tonto, entrega al sacerdote en pago del servicio que le presta.

¿Podreis decirme, señor Abate, que religion es esa que no hace servicio ninguno de balde; que por todo lleva dinero y que desde el nacer hasta el morir el cristiano se vé obligado á comprar con el oro todos los servicios de su religion?

Desde el bautizo hasta el entierro, todos los actos en que la Iglesia llega á rozarse con los fieles, son mediante el pago de una cantidad exhorbitante siempre, porque una religion que debe prestar gratuitamente sus favores, cualquier cantidad que cobre por ellos, es abusiva, es exhorbitante.

Acérquese un fiel á un sacerdote, dígale que aplique el Santa Sacrificio de la misa por un pariente difunto, y si no le dá los cuatro reales tipo mínimo fijado en la tarifa del clero mercader, puede estar seguro de que no habrá aplicacion por el alma de aquel infeliz.

Y decidme, señor Abate ¿la misa acaso tiene tambien el orígen divino que atribuís á la mayor parte de las prácticas religiosas?

Seguro estoy de que con vuestra proverbial osadia habeis de contestarme que sí; pero yo á mi vez puedo y debo deciros, que la misa tal como hoy se practica, está muy léjos de parecerse á la de los primitivos tiempos del cristianismo, en la cual no era otra cosa que una reproduccion de la cena, de la cual habia tomado su orígen.

En el Concilio de Trento, en la sesion 22 dice, que por las

palabras pornunciadas por Jesucristo en el acto de repartir el vino y el pan entre sus discípulos, los instituia en sacerdotes ó sacrificadores de aquella nueva ley, mas si leéis con detencion el Evangelio de San Lucas, encontrareis en el versículo 19 del capítulo 22 que dice: " y habiendo tomado el pan dió gracias y lo partió y se lo dió diciendo: Este es mi cuerpo que es dado por vosotros: Esto haced en memoria de mí."

¿Podreis decirme si esto tiene algo que ver con la interpretacion dada por el Concilio?

Jesucristo no queria sacerdotes; Jesucristo queria hombres que explicaran sus doctrinas, y habiendo recibido de él por iguales partes los dones de su afecto, no tuvieran porque envidiarse unos á otros, para no envidiar mañana á los demás.

Aquellas interpretaciones dadas por la Iglesia á la Biblia en beneficio propio, son las que me han hecho muchas veces manifestar que era muy necesaria una version completamente nueva del Evangelio, tomada directamente del original griego ó Siriaco, y así quedarian plenamente probados todos los absurdos que en las versiones que hoy se conocon se han cometido.

Precisamente á propósito de la Cena, y en el mismo Evangelio de que venia ocupándome, hay una nota que sorprende por la ingeniosa habilidad con que está hecha.

Dice así el Evangelio. Versículo 15, Capítulo 22: "Y les dijo: "he deseado comer con vosotros esta Pascua antes que padezca."

Y la nota aclaratoria de estas frases se expresa en estos términos.

"En gran manera he deseado comer esta Pascua con vosotros para daros las mayores pruebas de mi amor, empeñándoos con este don precioso de mí cuerpo y sangre, que os dejo, á amarme muy deveras, como que os he amado yo primero con un amor mas fuerte que la misma muerte, y como que he querido morir para salvaros, hallando antes de morir este medio prodigioso de quedar siempre con vosotros: sustituyendo la nueva Pascua á la antigua; el sacramento de la nueva alianza que va á ser consagrado y ratificado con mi sangre, al de la antigua

alianza que lo era de la libertad concedida á los Israelitas.

Esto se llama, señor Abate, segun mi opinion, haber enmendado la plana al mismo Jesucristo, puesto que la Iglesia ha hecho un sacramento de lo que Jesucristo, segun sus mismas palabras, no trató de hacer mas que dejar una memoria á sus discípulos de aquella última cena que celebrabran con él.

Y prueba de que no se trataba mas que de esto, que las primitivas misas celebradas por los primeros cristianos, segun las apologías de San Justino, consistian en reunirse los fieles el domingo en el lugar señalado de antemano, se leia por el sacerdote algun capítulo de las Sagradas Escrituras comentado por él, todos los asistentes se daban el beso de paz al terminar la lectura, y el pan y el vino despositados en la Sagrada Mesa se repartia entre todos los presentes, llevándoles su parte á los que no habian podido asistir al sagrado acto.

Este era el recuerdo trasmitido de generacion en generacion de aquel grande acontecimiento; esta era la conmemoracion de la Cena; esta era, señor Abate, la verdadera misa, misa por la cual nada se pagaba, misa en la cual para nada entraba el interés, y sí únicamente la devocion y el afecto.

¡Qué diferencia no hay de ese sacrificio al establecido por Roma!

¡Qué diferencia entre aquella misa que todo el pueblo comprendia, que se le decia en su idioma, y en la que todo él tomaba parte bien acompañando las preces del sacerdote, bien pronunciando un fervoroso "amen" al final de sus oraciones; y la misa que hoy se dice, que, ni el pueblo la comprende, que está llena de errores y que no se diria si no hubiera un espediente que la retribuyese!

Todos los Evangelistas están conformes en que Jesucristo al repartir entre sus discípulos el cáliz consagrado, les dijo que aquella era su sangre la cual iba á ser derramada por la remision de los pecados, y sin embargo las misas en las cuales se conmemora este acontecimiento, las aplican los sacerdotes en el dia á voluntad del consumidor.

¿Y todavia me direis que os escandalizan mis palabras? ¿todavía direis que rogais á Dios para que me saque de las tinieblas en que estoi envuelto?

Valiera mas, señor Abate, que rogarais á Dios que os perdonase los abusos que estais cometiendo, valiera mas que os llevarais bien con vuestra conciencia, y no vendierais tanto una religion que recibisteis gratis de aquel que la instituyó.

Si la misa se ha instituido para conmemorar la pasion y muerte de Jesús ¿podreis decirme porque se hace partícipes á los santos de una accion que solo debe dirijirse á aquel en cuyo recuerdo se hace? podreis decirme tambien quienes han sido esos santos y quien les ha dado ese carácter, de Santidad, y quien ha sido el que abrogandose mas facultades que el mismo Dios, le ha dicho á la multitud "toma"; aqui tienes un hombre de quien yo he hecho un santo porque así me ha parecido, y el cual es un poco menos que Dios, pero á quien sin embargo puedes adorar tambien.

Seguro estoy, señor Abate, de que á ninguna de estas preguntas podeis responder de una manera satisfactoria. ¿Que razon ha habido para que á esos hombres se le tributen esos honores, para que se menoscabe la grandeza de Dios repartiéndola entre tanto santo y santa como ha hecho esa Roma, que no ha mirado otra cosa que buscar medios para sacar dinero?

Si hubo varones cristianos, virtuosos, llenos de fé, que prefirieron la muerte á cometer una apostasía, no hicieron otra cosa que cumplir con su deber, de la misma manera que con su deber cumple el hombre que profesando una creencia política no abjura jamás de ella, y arrostra las persecuciones y sufre hasta la misma muerte, sin que jamás ceda su inquebrantable decision.

Si á esos santos se les considera como intercesores respecto á la Divinidad, si se les ruega y se les tributa homenaje en ese concepto, ¿no quereis que se menoscabe con esto la grandeza y dignidad de ese Dios de quien os proclamais tan ardientes defensores?

De ídolo calificabais al famoso becerro de oro, y becerros de oro están siendo para vosotros todas esas efigies

de madera y de metales preciosos á quienes rendis culto y á quienes tributais adoracion.

¿Qué mas que vosotros hacia esa Roma pagana con sus falsos dioses? Los tenian entre ellos con distintas aplicaciones, bien para la agricultura, para la paz, para el comercio, para el amor, y vosotros en vuestros santos los teneis, abogados para las distintas miserias que afligen á la humanidad, como si ese Dios á quien servis fuese tan injusto que necesitase la intervencion de favoritos para acceder á las súplicas de esa inmensa multitud de gente que le adora.

Si reflexionarais que nadie mas que vosotros con vuestra sórdida avaricia, con vuestro desordenado afan de obtener utilidades, habeis desprestigiado y prostituido vuestra religion, seguro estoy que de otra manera procedierais.

Pero no, vosotros no habeis querido mas que acrecentar vuestro poder, poner muchas cuerdas en vuestro arco por si acaso alguna os faltaba, tener otras de repuesto, y con vuestra conducta habeis contribuido á que la multitud forme una idea errónea de Dios, y que le crea ni mas ni menos que un monarca de la tierra que necesita para conceder sus favores, la intercesion de cualquiera de sus innumerables favoritos.

¿Y es este el Dios justo, el Dios todo bondad y todo grandeza, el Dios que se encuentra por encima de todas las miserias humanas, para quien nada hay oculto y que prémia ó castiga segun los merecimientos de cada uno?

Por ningun estilo.

El Dios que vosotros habeis hecho, el Dios de Roma, á quien prestais adoracion y á quien servis, es injusto, egoista, vengativo é interesado, porque vosotros nada haceis de balde, porque todo cuanto de él se desea hay que pagároslo, porque no ama mas que á los que creen en él. es decir, á los que os pagan bien, porque ofrece el reino de los cielos, á los que os dejan cuantiosas sumas y castiga con los horribles tormentos del infierno á aquellos que en vosotros no han creido, á aquellos que os han faltado.

¿Cómo quereis que cuando llega el momento en que principia á desaparecer de los ojos de la multitud esa venda que le habeis puesto, no se rebele contra vosotros

y no rechace con indignacion todas vuestras mezquinas supercherías?

Comprendo perfectamente, señor Abate, que entre vosotros y yo no exista avenencia posible; yo detesto la hipocresía y vosotros medrais á costa de ella; yo apetezco la verdad, vosotros la rechazais con encarnizamiento porque es perjudicial á vuestros intereses.

¿Quien ha puesto esas tarifas á todos los servicios que la religion presta? ¿Quién os ha dado poder para vender lo que cumpliendo legalmente con vuestro ministerio debeis conceder gratis? ¿Quién ha dado atribuciones á ese que se titula sucesor de San Pedro para lanzar excomuniones y poner en entre dicho á este reino ó al otro, por faltas que para nada han afectado á la religion cristiana? ¿Quién ha dado á los papas ese poder temporal de que vienen haciendo tan indigno abuso? ¿Quién os ha concedido, en fin, la facultad de vender el Santo sacrificio de la misa por una cantidad alzada?

Prescindiéndo de que vuestra misa es absurda é ilegal, prescidiéndo de que es una práctica como todas las de Roma, plagada de errores, nada existe mas inmoral que aplicar una misa por el alma de un difunto, por una buena noticia recibida, por la prosperidad de un viaje, por el buen éxito de un negocio, por la inesperada salvacion de un indivíduo, y que esta misa no se diga si anticipadamente no se cobra el importe de ella: ¿qué mas puede hacer un sastre, un comerciante ó cualquiera otra persona que ejerza una industria?

Y de la misma manera que en estas existen géneros para todos los gustos y para todas las condiciones, así vosotros teneis tambien los servicios para cumplir con todas las fortunas.

Teneis entierros de distintas clases; teneis bautizos de distintos rangos; todos los servicios en fin todas las facultades que se os han concedido, á todas les habeis puesto precio, y precios que si no os los satisfacen os cobrais de una manera terrible.

¿Es esta acaso la religion que os enseñó vuestro divino Maestro?

El que arrojó del templo á aquellos mercaderes que

comerciaban en él ¡con cuanta mas razon no debería arrojaros á vosotros que estais comerciando con la misma Iglesia, que estais comerciando con la misma religion!

¿Y qué trabajos pasais, qué fatigas sufrís, que grandes virtudes atesorais, para que todo el mundo os respete y os admire, y os tribute veneracion?

En vuestra vida privada, por efecto de las restricciones que se os impusieron en distintos concilios, sois inmorales porque no teneis mas remedio que serlo; porque la naturaleza tiene imperiosas necesidades que vosotros no teneis la virtud suficiente para reprimir, y en vuestra vida pública con un manto de hipocresía odiosa, tratais de embaucar á esa multitdud á quien os conviene tener siempre sumida entre tinieblas.

Os he dicho en distintas ocasiones que todas vuestras prácticas están plagadas de abusos y errores, y no quiero que podais decir que hable solamente ó por el placer de hablar, ó por el de haceros una oposicion sistemática.

En primer lugar, todo el engrandecimiento vuestro, todo vuestro poderío no ha nacido mas que de abusos segun he tenido la ocasion de demostrar en otro lugar, en esta misma carta.

En segundo lugar, predicais una religion que desmentís con vuestro ejemplo; no habeis tenido en cuenta que se os pueden arrojar al rostro á cada paso aquellas tremendas palabras de Jesucristo *Scriptum est. Quia domus mea domus orationis est. Vos autem fecistis illam spelumcan latronum* (1).

En tercer lugar, predicais lo que no practicais; sin dar razones de vusstra religion, os encerrais en un círculo de contradicciones del que no podeis salir, y representando una continua farsa, haceis creer lo que no existe al vulgo estúpido que de vosotros se fia.

Os he ofrecido al principio de esta ocuparme de los errores que Roma ha introducido en ciertas prácticas religiosas, y si así voy á hacerlo, es porque vos mismo me

---

(1) Escrito está: mi casa, casa de oraciones, y vosotros la habeis hecho cueva de ladrones. Evan. S. Lucas—cap. XIX—ver. 46.

habeis retado, es por que vos y vuestros amigos ocupándoos tanto de algunas de mis apreciaciones, habeisme obligado á que os manifieste no con vanas palabras, no por el solo afan de hacer gala de una erudicion que quizás no comprendereis sino con datos precisos, el abuso que habeis cometido, la copia que se ha hecho en algunas de aquellas prácticas de otros tiempos mas remotos y en resúmen el poco tacto que para todo habeis tenido, y que en un plazo mas ó menos largo, ha de contribuir poderosamente al desprestigio de la misma religion.

¿Creis acaso que el Bautismo os pertenece esclusivamente? Pues debeis de tener en cuenta en primer lugar, que desde los primitivos tiempos de la India, los naturales se purificaban en el Ganges; los egipcios tenian en sus templos grandes estanques, en los cuales se purificaban los pecadores, y en resúmen, la purificacion de los pecados por medio de la inmersion, no es como vosotros os la atribuis, hija exclusivamente del Bautista, y erigida en Sacramento por Jesucristo.

Por otra parte, el bautismo, tal como en aquellos tiempos se practicaba, ¿no podia obedecer tambien á un principio de higiene teniendo en cuenta las condiciones de aquellos pueblos? pero á vosotros os ha convenido dar al bautismo otro orígen, lo habeis impuesto como condicion precisa, y de esta manera os habeis asegurado una renta exhorbitante por una práctica que monopolizais en provecho propio.

En esto, señor Abate, existe error y abuso.

Error porque no tuvisteis en cuenta que habia de llegar un dia en que los conocimientos humanos habian de romper esa valla de la ignorancia en que los teneis encerrados, y que al conocerse la historia de los primitivos pueblos del mundo, habia de encontrarse tanta y tanta analogia entre aquellas religiones y el cristianismo, que no habia de serle nada favorable á este, toda la porcion de retazos con que vosotros le revistierais.

Abusais, con hacer obligatrio ese bautismo y a mas de obligatorio no administrarlo si no se os pagan los derechos que en vuestra tarifa teneis fijados.

No os hablo de la confirmacion, porque ese y otros muchos, son abusos de un órden secundario.

La confesion ¿no es acaso tambien otro abuso?

¿La creeis de buena fé original? Repasad, señor abate, la historia antigua, esa historia que tanto enseña, y estoy seguro de que en el Egipto y en la India, habeis de encontrarla muy parecida á la vuestra.

Y la confesion de la manera que se practica, la confesion que es el abuso mas grande que tiene la religion cristiana, si bien ha producido su efecto en otros tiempos hoy habeis de convenceros, señor Abate de que es contra producente; con la confesion enseñais á los hombres á ser hipócritas; con vuestros nécios escrúpulos, con vuestras sándias amenazas, y con vuestras ridículas exijencias, haceis que se os mienta, y creais una porcion de pecados por vuestro afan de absorverlo todo, por vuestro egoismo de querer dirijir las conciencias de todos vuestros fieles.

Pero sobre todo, el sacramento en que mas absurdo existe, donde mas errores hay, donde Roma se ha mostrado mas franca y descarada, ha sido la Eucaristia, ha sido en la Misa, en esa misa de que habeis hecho un comodin, que á todo lo aplicais y de la cual sacais un pingüe resultado.

Remontaos, señor Abate: no solamente á los primitivos tiempos del cristianismo sino á muchos años despues de él, y decidme si en aquellas primitivas Iglesias, si allí donde el recuerdo de Jesucristo y de su religion estaba mas fresco, por decirlo así,decidme os repito si encontrais una sola ceremonia, un solo acto que se parezca en nada á los de hoy.

Pues si entonces no se hacia ¿quienes sois vosotros para innovar lo que no era suceptible de innovacion?

Afectais respetar mucho á Dios, y sin embargo vosotros sin duda sois mas que él, cuando habeis tenido el atrevimiento de hacer modificaciones en aquello que él tenia dispuesto.

E indudablemente lo sois, puesto que en vuestros concilios, hechos por vosotros, y en los cuales habeis introducido reformas religiosas segun vuestro interés, ordenais y

mandais que no se pronuncien ni sean válidas otras misas ni otras oraciones ni otras prácticas que las que estén aprobadas por ellos; es decir, que ni Jesucristo instituyendo la religion, ni sus discípulos primitivos é inmediatos sucesores de él, han tenido mas poder que vosotros pues que modificais á medida de vuestro deseo lo que ellos habian ordenado.

Oraciones existen en la misa de hoy, que perteneciendo á la antigua Iglesia, al aplicarlas á distinto objeto, producen un contra sentido que si el pueblo llegara á comprender, si la misa se dijera en el idioma propio de cada pais, seguro podeis estar señor Abate, lo mismo que vuestros amigos de Roma, de que tendrias muchos, muchisimos menos fieles de los que teneis.

¿No os parece verdaderamente estraño que las palabras que entonces se decian refiriendose á las ofrendas y limosnas se digan hoy respecto á la hostia consagrada?

¿No está resultando tambien de una manera evidentemente ridícula esa confesion que hace el sacerdote en la cual confiesa sus pecados á Dios, á la Virgen y á todos los Santos? Pues qué, ¿acaso Dios no es suficiente para perdonar los pecados, que tiene necesidad tambien el pecador de que le perdonen todos los Santos y Santas que nos ha dado la Córte Romana?

Desde el primer momento está viendose que ese remiendo puesto á la misa y mal zurcido por las gentes de Roma, se destaca vigorosamente de aquella primitiva y digna institucion.

La primitiva confesion, no se hacia á nadie mas que á Dios ni á nadie mas que á él debe hacerse, toda vez que él unicamente es quien puede perdonar los pecados.

¿Porqué siendo así haceis jugar á unos santos que vosotros mismos habeis creado?

Y no deja de ser muy estraño que hablando de tanto Santo y haciendo jugar á la Vírgen, á los Arcángeles y á los Apóstoles no se les haya ocurrido poner á Jesucristo como verdadero intercesor para con su eterno padre.

Si á enumerar fuera todas las faltas, todos los errores que solamente en la confesion existen, os aseguro señor Abate que necesitaría mucho espacio; mas prometo demostra-

roslos con alguna mas detencion en una obra que á despecho vuestro y de Roma, confio escribir algun dia.

Allí vereis probado hasta la evidencia todos vuestros abusos, todo lo que vosotros mismos habeis hecho en el descrédito de la religion.

Sé que con ello no consigueré mejorar vuestra condicion, pero sin embargo, bueno será enseñar al pueblo, á quien vosotros habeis tenido fanatizado hasta el dia, todas vuestras indignas supercherias, todo lo criminal de vuestros actos, toda vuestra hidrópica é insaciable ambicion.

En esa obra me prometo atacaros con mas energia que hasta ahora lo he hecho sobre ese lujo de que haceis ostentoso alarde en vuestros templos; sobre esa porcion de ídolos á quienes rendis culto y á quienes Roma ha canonizado sin saber por qué ni para qué; en esa obra en fin, os enseñare la religion del divino maestro, que está muy distante de ser la vuestra; en ella os demostraré la idea que yo tengo de Dios, diametralmente opuesta á la que vosotros teneis sin duda, puesto que vuestro Dios se encuentra muy léjos de parecerse al de cualquiera persona honrada y leal.

Siento que á cada paso voy distrayéndome de mi propósito; pero tanta y tan grande es la indignacion que con vuestros ridículos espavientos y necias supercherias me habeis causado, que á pesar mio me veo obligado á motejaros cuando no solamente quiero hacer esto, si que tambien justificar con razones las inculpaciones que os hago.

Uno de los puntos mas vulnerables que tiene esa misma que Roma ha compuesto á su manera, es el Cánon, y si os tomais el trabajo, señor Abate, de hacer conmigo un ligero estudio sobre él, confio en que os he de convencer, no con el sofisma como vos tratais de hacerlo, sino con la verdad.

En primer lugar, debo deciros una opinion mia, que viene aqui como de molde: todo cuanto de oculto se hace y todo cuanto en secreto se dice, debe tener algo de culpable, porque cuanto es bueno y no puede incurrir en censura de ninguna especie, se dice muy alto y se puede mostrar á la clara luz del dia.

El Cánon de la misa, segun las prescripciones de distintos Papas, debe decirse en voz tan baja que nadie pueda oirle, y francamente cuando temen que se escuche, es porque muchos defectos tiene.

Efectivamente, defecto y capital hay tanto en la forma como en el fondo, puesto que en las primeras palabras de él, se ruega al Señor que acepte los dones y las ofrendas de sus siervos, y si bien tenia esto razon de ser en la antigua Iglesia, en la cual todos los que querian asistir á la conmemoracion de la sagrada cena llevaban sus ofrendas, consistentes en pan, vino, aceite ó frutas, hoy nada de esto existe.

El Sacerdote entónces, separaba de aquellas ofrendas lo necesario para hacer partícipes á todos los asistentes, y por medio de estas palabras se verificaba la consagracion, mientras que hoy es solo una hostia sin consagrar todavia, la que ofrece el sacerdote, no la que ofrece el pueblo que nada ha llevado.

¿Podreis decirme, señor Abate, si recordais que en los primitivos tiempos de la Iglesia se rogase por el Pontifice ni por ningun Rey de la tierra?

Pues esto que entónces no se hacia, se hace hoy, y lo que es mas, primero se pone al Papa que al Rey, porque en su afan de avasallarlo todo, en su afan de mostrar Roma de todas maneras su poder, pone al Rey en segundo término significando el poder mas onnímodo que tiene.

Lo mismo la segunda oracion del Cánon, que todas las demás están tan plagadas de errores que no parece sino que ha habido un decidido empeño en hacerlo mal y en desvirtuar la religion que debian enaltecer.

Leyendo la tercera oracion del Cánon, parece desprenderse de ella, mejor dicho, no es que parece, sino que es así, que se coloca á la Vírgen Maria en primer lugar, antes que á Jesucristo.

Esto, segun comprendereis, no es ya solamente falta, no es abuso, solamente, es impiedad, é impiedad que no puede tener disculpa alguna.

¿Recordais bien los Evangelios?

Posible es que los desconozcais, porque como los Evangelios son el ariete que está sin cesar combatiendo

ese edificio levantado por Roma y solamente para ella, no creo que los conozcais mucho.

Pues el Evangelio de San Lúcas dice bien terminantemente:

"*Haced esto en memoria de mí;*" y si solo por su memoria habia de hacerse, ¿por qué se conmemora en primer lugar á la Vírgen María, que si algun carácter tiene en nuestra religion, si alguna importancia se le dá es solamente la que recibe por ser madre de Jesus?

Repasad las antiguas liturgias, y nada de esto encontrareis.

Roma se ha apoyado en su sermon falsamente atribuido á San Agustin para idear la Asuncion de la Vírgen, y ese sermon es evidentemente un emplasto, como tantos otros que se aplican á diferentes padres de la Iglesia.

Tras de esa primera impiedad, viene en la misma oracion un ruego por distintos Papas, y aunque es lo natural que tratándose de una obra hecha por Roma ocupase esta uno de los mas importantes lugares, el abuso es grande, y ya que á este punto hemos llegado, ni debo ni quiero pasároslo en silencio.

Desengañaos, señor Abate, todo cuanto referente á la misa os diga, todo es poco.

Excederia en mucho los límites de una carta detallando los errores de que está plagada esa ceremonia, errores no en que se ha incurrido por falta de criterio sino errores cometidos á ciencia cierta solo por el afan de avasallarlo todo, de engrandecerse, de dominar á los pueblos y de tenerlos sujetos.

Desde la confesion hasta el Cánon, desde el lavatorio á la consagracion, desde los kyries hasta la comunion del sacerdote, es una falta completa de buen sentido, es un mal zurcido de retazos de los primitivos oficios cristianos con otros nuevos que forman tan absurdo contrasentido, que no pueden resistir por estilo alguno al análisis de una severa y razonable crítica.

Todo aquello que basa, todo aquello que parta por decirlo así de la primitiva época cristiana, podrá tener y tiene positivamente faltas, contradicciones y aun alguna oscuridad, pero no hay mala fé todavia, aun no ha llega-

do el abuso, todavia no se ha especulado con la credulidad del pueblo.

Mas al llegar á la época moderna, al llegar á los tiempos posteriores, sucede lo contrario; faltos de la buena fé de los tiempos primitivos, todo es bajo, todo es mezquino, todo es grosero, porque solo se ha tratado de confundir por completo á la multitud y de hacerse sola la Iglesia la mas intérprete del laberíntico y revuelto caos que ha forjado ella misma, y que aun ni ella misma acierta á explicar hoy.

Y tened entendido, Señor Abate, que la ignorancia de Roma en el dia es tan grande como su soberbia.

Nada sabe, pero todo lo quiere saber, no debe ejercer dominio alguno en lo temporal, y lo ejerce sobre todo el mundo católico; debiera estar exenta de vicios, y sin embargo el vicio es en Roma donde tiene su foco principal, y en resúmen, allí del charlatanismo se ha hecho un arte, merced al cual se saca de todas partes el dinero y se ejerce una influencia colosal sobre todas las naciones cristianas.

Yo juzgo á Roma y os lo digo para terminar de una vez, como la cortesana impura que todavia está regocijándose en las lúbricas saturnales del bajo imperio, encubriéndolas hipócritamente con el velo de la Religion. Es el cieno asqueroso y corrompido, cuidadosamente oculto por un manto de púrpura, es en fin un esqueleto deforme cubierto por una tiara que extiende sus descarnados brazos á todas partes y que de todas saca partido siempre.

Podeis hacer cuantos aspavientos querais; podes participar á vuestro Santo Gefe todo lo impío de mis apreciaciones; pero no podeis privarlas de su justicia, ni conseguireis enmudecer mi acento que solo sabe pronunciar verdades, y lanzar merecidas acusaciones.

Por lo tanto, os suplico que no os molesteis en censurarme tanto, pues solo conseguís con eso excitar mi hilaridad, y provocar explicaciones como la que acabo de daros. Seguid representando vuestro papel á fin de obtener el mejor resultado, y no olvideis que yo desprecio á los hipócritas y no temo las excomuniones de los Papas.

Vuestro etc.

Carlos Mauricio de Talleyrand.